

EL PRECIO DE LA EDAD

Aún me despierto muchas noches bañado en sudor. Han pasado dieciséis años desde que ocurrió pero lo recuerdo como si hubiese sucedido ayer. Creo poder percibir el intenso olor a humedad mientras se evapora el sopor del mal sueño, la agudeza que adquirió el oído ante la falta de luz, y la inseguridad que nos acometió pasados los primeros momentos de euforia. Puedo oír aún los gritos de desesperación de Carlos en la oscuridad, imagino que sabiendo que nunca más vería a nadie, que debería haber hecho caso a su hermano. No hay día en el que no piense en él. Conservo en mi mente su sonrisa pícaro, sus dientes irregulares, su bondad, su aliento en los momentos difíciles, su gracia, su interminable currículum de niño. No sólo era mi mejor amigo, era el mejor de todos nosotros. Cuando acabo así la noche, mi cuerpo y mi ánimo se visten de tonalidades grises, ese día no existo para nadie. Mi mente se desgaja de mi materia y vuelvo a aquella cueva, a los momentos previos al suceso, a la falta de sonido en muchas imágenes, como si de cine mudo se tratase, que aún conservo en mi cabeza. A lo fatal que resultan algunas travesuras inocentes cuando están escoltadas por la mala suerte.

Muchas veces, antes de aquel día, habíamos pasado junto a ella, puedo ver aún entre brumas las piedras que le servían de labios, dándole aspecto de boca achatada y burlona, rodeada de una tierra roja y arcillosa que en los días de lluvia dejaba alzas bajo nuestros pequeños pies. Siempre nos retó, allí inamovible, siempre esperando a alguien que no quisiese ver el aviso que desprendía la intensa oscuridad que emanaba de su interior.

El día que todo ocurrió Luis y yo contábamos con algo más de catorce años, Carlos y Pedro eran los más pequeños y no tenían más de doce. El día anterior fue viernes, por la tarde, una vez terminado el trabajo de colegio, decidimos que ya era hora de que perdiésemos el respeto a lo desconocido, al día siguiente iríamos de exploración. Cada uno tendría que llevar una linterna, y nada más. El día amaneció caluroso, como suele ser habitual en esta tierra, un calor que hace que en días de primavera tardía sobre hasta la piel. Nos reunimos en el punto acordado, íbamos pletóricos, excitados por la sola idea de adentrarnos en aquel lugar. Anduvimos casi todo el camino saltando, imaginando tesoros escondidos por olvidados bandoleros, íbamos todos menos uno, Carlos. Éste se incorporó casi a la llegada a la gruta, llegó jadeando, se agarró a mi hombro y estuvo así hasta llegar a la entrada. Mezclaba resuellos con reproches hacia todos nosotros por no haberlo esperado como era costumbre entre nosotros, pero la impaciencia por acometer la empresa, animada por Luis, el hermano mayor de éste, nos empujó a marcharnos sin él. Carlos tuvo ocasión de contarme antes de entrar que se había vuelto hacia su casa al ver que no estábamos, pero un arranque de rabia le había devuelto al camino al creer que después todos nos burlaríamos de él por no haber participado en tamaña hazaña. Luis recriminó con dureza a su hermano, le había dejado dormido a propósito, decía que aún no tenía edad para aquello, le llegó a dar incluso una bofetada además de innumerables zarandeos para animarlo a alejarse, pero la tozudez de Carlos le hizo desistir.

Recuerdo que estábamos delgados como sarmientos, con las rodillas y las espinillas plagadas de costras endurecidas, lesiones ganadas a fuerza de subir árboles, de caer desde las bicicletas, de jugar a fútbol, de vivir para jugar. Siempre estuvimos todos muy unidos, pero Carlos y yo lo estábamos más que los demás. Creo que el hecho de que Carlos tuviese hermanos mucho mayores que él, y de que Luis que era el más cercano en edad siempre le estuviese fastidiando, y que yo fuese hijo único, hizo que tuviésemos más cercanía, aunque como después con los años he descubierto, hay personas que se simpatizan simplemente porque sí.

En estos días, en los que estoy perdido busco la única foto que conservo de él e intento aplacar mi parte de culpa, nos la hizo su padre, es de un día en que volvimos de pescar. Sosteníamos un trofeo escamado que casi no podíamos sostener, reíamos abiertamente. Parece mentira que haya pasado tanto tiempo.

Cuando nos decidimos a entrar en la gruta, me volví para mirar a los demás, me habían elegido como guía, un honor y un riesgo, fue la última vez que los vi juntos, aún sonrían en mis recuerdos.

Al entrar nos abrazó la humedad, la entrada era estrecha, tuvimos que deslizarnos arrastrando el cuerpo, incluso hubo momentos en los que tuvimos que pasar por algún tramo con la cabeza ladeada debido a la estrechez. Las linternas, tan solo habíamos conseguido reunir tres, titilaban en la oscuridad húmeda de aquel lugar, no vimos ni un solo murciélago, ni un solo atisbo de vida subterránea, era un lugar yermo, nada se oía, tan

solo el doloroso sonido del silencio rasgado por nuestras voces y nuestros movimientos.

Uno de nuestros mayores errores fue encender todas las luces desde el principio, hicimos un gasto precioso, preciso para momentos de necesidad, pero éramos tan sólo niños, inocentes y aventureros, y todos queríamos ver aquel lugar oculto, sentir la excitación de la aventura, la complicidad de nuestros amigos. Pudimos levantarnos momentos después, se veía la profundidad de algunas zonas, daba la sensación de estar andando por el interior de un doble techo, de vez en cuando alguna zona más estrecha, alguna zona más resbaladiza que nos hacía dar avisos a voces, y recibir el eco por respuesta, dándonos la sensación de que aquel lugar se burlaba de nosotros, de que nos remedaba. El mayor problema se presentó al llegar al final de la galería, se abrió ante nosotros un auténtico abismo, pero podíamos acceder al otro lado pasando pegados a la pared, qué locura, un tramo de algo más de cinco metros, arrastrando la espalda, con movimientos imperceptibles, sin mirar abajo. La excitación del principio dio paso al silencio, tan solo nos mirábamos, algo nos decía que teníamos poca confianza en lo que habíamos hecho, que debíamos volver. Las rocas nos parecían intrusos aparecidos de la nada, cualquier roce más acusado, la presencia de alguien extraño al grupo. El sudor comenzó a correr por todo el cuerpo, originado por la asfixiante humedad y por la certeza de que aquella vez la habíamos hecho buena. Pasaban los minutos como si fuesen horas, yo imaginaba a mis padres desesperados buscándome, a todos los padres y demás vecinos ya enterados de la

desaparición formando grupos para encontrar a los chavales. Había mucho terreno donde buscar, cuevas, arroyos, montañas, todo lo que un chaval debe, y no debe hacer.

Continuábamos, sabiendo que era un disparate, pero no sería yo el primero en decir que debíamos dar media vuelta. El tiempo jugaba en nuestra contra y al final fueron las baterías las que dijeron la primera palabra. Llegamos justo hasta un lugar fantástico, tal vez el único premio que recibimos por entrar en aquel lugar, se oían ahora innumerables gotas romper contra lo que imagine un lago subterráneo, parecían hacer música, cada gota al caer arrancaba una tonalidad diferente a la anterior. La poca luz que nos quedaba brillaba al reflejarse en las miles de gotas que surcaban el aire, desde una altitud increíble, ¡cómo habíamos podido bajar tanto!

Al final todo fue negrura. Las linternas parecieron ponerse de acuerdo, y una tras otra dejaron de regalarnos su preciada luz. Cuando estuvimos seguros de que no podíamos estar peor, golpeando las linternas para que soltasen su preciado fruto sin resultado, comenzamos a llamarnos los unos a los otros, recordábamos dónde estábamos justo antes del apagón, aunque imagino que fue porque en momentos en los que la visión deja de existir se impone la necesidad de oír la voz de los demás. Pedro comenzó a llorar, se oía a Carlos consolarle, le animaba diciéndole que sabríamos volver, que yo les sacaría de aquello. Creo que nunca me he sentido tan mal como en aquel momento, y en todos los posteriores en los que he pensado en aquella frase. Pronto todos estuvimos llorando, nos cogimos de las manos, nos apretamos todos juntos hasta que nos cansamos, y Luis y yo

decidimos que era el momento de volver sobre nuestros pasos. Probamos las linternas de nuevo y descubrimos que cuando pasaba cierto tiempo eran capaces de soltar un leve halo, lo suficiente para orientarnos, para avanzar algunos pasos. Yo me puse en cabeza, Luis al final cerrando el grupo. Él sólo debía encender cuando yo lo hiciese, durante unos segundos, los suficientes para que todos conservásemos la calma y yo pudiese andar sin caer, ya que aunque iba arrastrando la mano por la pared, esto no era impedimento para tropezar, con el consiguiente peligro no sólo para mí, sino para todos. La sed nos mordía la garganta, la humedad nos asfixiaba, y sin darnos cuenta, sin haber visto el camino prácticamente, y sin saber cuando tiempo llevábamos allí dentro, llegamos al precipicio. Cuando toqué el vacío me invadió el pánico. No había recordado que tendríamos que pasar de nuevo por allí, mi mente me lo ocultó, y lo recordé cuando lo tuve justo delante, imagino que mirándome como a una presa desorientada. Cuando se lo dije a los demás la respuesta no se hizo esperar, a todos nos había ocurrido igual, ninguno recordaba aquel punto del recorrido. Pasaron algunos minutos hasta que estuvimos en calma, hasta que cogimos fuerzas. Encendí la linterna un instante y comencé a cruzar por aquel maldito lugar. Al igual que la vez anterior debía llevar las manos extendidas hacia atrás, la cabeza hacia arriba, las piernas en tensión. Muy despacio, los segundos me parecieron interminables, los pensamientos se agolpaban en mi cabeza, el sudor me corría por la espalda, por el pecho. Cuando llegué al otro extremo encendí de nuevo la linterna y dije en voz alta—he llegado— inmediatamente comenzó a cruzar Pedro, muy despacio, lloró

mientras lo hacía, pero lo consiguió. Ya sólo quedaban Carlos y Luis. El menor de ellos comenzó a cruzar, las linternas casi no servían de nada. Cuando comenzó el tramo una punzada me mordió en el estómago, no sé porqué, pero lo cierto es que hay veces en las que parece que los acontecimientos se adelantan, yo supe en aquel momento que algo saldría mal. Luis animaba a su hermano desde el otro lado. Lo que vino después visto desde la distancia y la edad era previsible, la moneda podía haber caído de cara, pero cayó de cruz, y la mala suerte nos señaló.

Carlos hablaba sin parar, su hermano también le hablaba, le animaba, le pedía que extremase el cuidado—arrastra los pies con mucho cuidado, no mires hacia abajo, si notas que un pie se resbala nos termines de echar todo el peso sobre él, vuelve hacia atrás.

Debía faltar muy poco, todo se quedó en silencio una fracción de segundo, y oí el resbalón. No sé como pudo hacerlo pero Carlos consiguió agarrarse al risco, pataleaba contra la pared, gritaba de una manera horrorosa, se notaba el pánico en su voz, no pudimos hacer nada, no le veíamos, la linterna se cayó de mis manos, cuando la encontré sólo me dio tiempo de alumbrar para ver sus manos apretadas contra el filo, escurrirse poco a poco, los gritos desaparecieron a mi alrededor, no oía nada aunque sabía que todos gritaban. Después sus manos desaparecieron y sus gritos comenzaron a alejarse hacia abajo. Luis y Pedro gritaban de una manera enloquecida, yo quedé mudo, casi no podía abrir la boca, estaba paralizado. No sé que profundidad tenía aquel precipicio, no sé cuanto tiempo estuvo oyéndose su voz, sus gritos, demasiados para poder resistir una

caída tan larga. Al final un golpe seco, un silencio profundo, hondo. Imagino cual era el estado de Pedro, de Luis. Mi estómago parecía tener una hoguera dentro, me ardía todo el cuerpo, mis entrañas estaban incendiadas. Comencé a gritar tanto o más que Luis, no podía creer lo que había ocurrido, lo que presentía había ocurrido. En medio de los gritos solo distinguía la voz de Luis decir al vacío—te dije que no vinieses, te advertí que eras pequeño aún, porqué no me hiciste caso, porqué—finalmente sus sollozos acabaron por ahogarle y se tendió en la delgada franja de piedra que había justo antes de cruzar el abismo.

Cuando decidimos volver era casi de noche, salimos Pedro y yo, Luis dijo que se quedaría allí hasta que viniesen a por ellos, que no saldría nunca más si nadie venía. Nosotros dos supimos al instante que todos nos buscaban, vimos las siluetas recorrer los caminos cercanos y lejanos, las voces al viento gritando nuestro nombre, Pedro, Luis, Manuel, Carlos, las voces las llevaba el viento, mecía con especial suavidad el nombre de Carlos, con lánguida calma. El azar quiso que nos encontrásemos con los padres de Carlos y Luis en primer lugar, justo antes de acercarnos le dije a Pedro que no dijese nada, que yo me encargaría. Pedro continuó el camino de su casa, cabizbajo, casi arrastrando los pies y el ánimo, lloraba. Clara, la madre de mis amigos se tiró al suelo, su padre, Alfredo, sin saber aún con certeza lo que había ocurrido me cogió de los hombros y me preguntó tantas veces como pudo, finalmente, cuando vio que nada saldría de mi boca se puso de rodillas en el suelo, y abrazando a su mujer la levantó besándola, comenzaron a caminar en dirección a

la cueva, ellos mismos nos habían visto salir de allí, sabían qué camino debían seguir, sin más luz que la de su propio instinto. Me volví y les grité que iría a pedir ayuda. Cuando bordeaba el camino desde el que ya se veían las primeras luces de nuestro barrio, vi venir un grupo de personas a toda velocidad, había mujeres, hombres, niños. Entre ellos estaban mis padres, a mi madre le dije que Clara estaba muy mal, me abrazó llorando, mi padre me miraba con mezcla de amor y desesperación ante lo que consideraba una locura demasiado grande. Cuando mi madre me soltó y se fue en dirección a la cueva a abrazar a Clara, mi padre me dijo que si era cierto. Sólo miré hacia el suelo y rompí a llorar, de lo que ocurrió después casi no me acuerdo.

Cuando sacaron a Carlos habían pasado casi veinticuatro horas, a Luis lo sacaron pronto, pero Carlos estaba en un punto muy complicado para poder ser rescatado sin peligro de que se perdiera el cuerpo por una grieta. Los espeleólogos no podían creer que hubiésemos sido capaces de cruzar dos veces por aquel lugar. Aunque uno de nosotros no lo cruzó nada más que una.

No nos dejaron ver su cuerpo, la última imagen que tengo de él, aún impresa en mi mente, es de cuando entrábamos en la cueva, sonreía justo detrás de mí, estábamos tan cerca, y ahora tan lejos.

Después de aquello todo cambió para los tres que conseguimos salir vivos de allí. Nos encontramos en contadas ocasiones al principio, después nunca más nos hemos vistos juntos los tres. Luis, se sumergió en sus libros, y desapareció. Yo comencé a trabajar en un

taller de artesanía del cuero propiedad de un tío, y cuando salía era para ir a buscar algún tinte que me había pedido, si no era así me quedaba en casa y pintaba, o hacía los deberes de clase. Pedro se mudó, su padre consiguió un traslado, era directivo de una multinacional de la alimentación, nunca más supimos de él, fue como con Carlos, para nosotros fue igual, con la sola diferencia de que sabíamos que estaba vivo, eso imaginábamos.

Hoy mientras miro hacia atrás más serenamente creo que la pérdida de Carlos significó algo más que su vacío para mí. Desde ese día lo siento junto a mí siempre. Incluso hay veces en las que me sorprende hablando con él.

Nunca más volví a aquel lugar, sin embargo voy a visitar su tumba de vez en cuando, le cuento cosas, me sirve de desahogo, me ayuda a superar un trauma con el que nunca he aprendido a vivir. Todos sufrimos su pérdida, Pedro perdió a un amigo, Luis a un hermano, pero yo perdí a una amigo que fue para mí como el hermano que nunca tuve.

FIRMADO:

DARÍO VALENTE